

Entrevista con Francisco Jarauta

Filósofo



Francisco Jarauta es Catedrático de Filosofía de la Universidad de Murcia. Ha realizado estudios de Historia, Historia del Arte y Filosofía en las universidades de Valencia, Roma, Münster-Westf, Bclrin y París. Profesor invitado de universidades europeas y americanas, sus trabajos se orientan especialmente en el campo de la filosofía de la cultura, la historia de las ideas, la estética y la teoría del arte. Entre sus numerosas publicaciones citamos los ensayos *Kierkegaard: los límites de la dialéctica del individuo* (1975), *La filosofía y su otro* (1977) y *Fragmento y totalidad: los límites del clasicismo* (1988). Es editor igualmente de *La crisis de la razón* (1985), *Razón, ética y política* (1988), *La transformación de la conciencia moderna* (1991), *Walter Benjamin: tiempo, lenguaje y metrópoli* (1992), *Pensar el presente* (1993), *Barroco y Neobarroco* (1993), *Tensiones del arte y la cultura en el fin de siglo* (1993), *Pensar-Componer/Construir-Habitar* (1994), *Otra mirada sobre la época* (1994), *Nuevas fronteras/Nuevos territorios* (1996), *Globalización y fragmentación del mundo contemporáneo* (1997), *Escenarios de la globalización* (1997) y *Mundialización/periferias* (1998). Forma parte del Comité Científico de "Iride", "Experimenta" y "Pluriverso". Participa en el grupo Géó-philosophie de l'Europe y es coordinador del Grupo Tanger. Igualmente coordina el Seminario Internacional de Análisis de Tendencias (Arteleku, San Sebastián) y el Foro de los 90 (Murcia), iniciativas que reúnen a pensadores relevantes de la cultura contemporánea. Dirige la colección "Arquitectura".

En el mes de noviembre, *Ajoblanco* ha publicado una entrevista con Víctor Erice a propósito de la suspensión del proyecto de llevar a las pantallas la novela *El embrujo de Shanghai* de Juan Marsé. Sus declaraciones hacen referencia a la imposibilidad de hacer películas que no sean dictadas por las normas del mercado, a la cultura del entretenimiento en la que vivimos, a cómo la propia administración cultural en España sólo privilegia, por medio de subvenciones, aquellas películas que han tenido buenos resultados de taquilla. Incluso cómo en la propia publicidad de las películas ya no se señalan las características de la película sino el número de espectadores que han acudido a verla. Pero esto que, según parece, ocurre en el mundo del cine, tiene su equivalente en cierta medida en el mundo del libro, puesto que las librerías van dejando de tener un

fondo bibliográfico para convertirse en una gran mesa de novedades, o en el ámbito discográfico, donde media docena de multinacionales se reparten el 80% de las ventas mundiales. Visto desde una perspectiva quizás ingenua y demasiado optimista, ¿se podría decir que la biblioteca pública puede desempeñar un papel clave para el acceso a los libros que no sean novedades, a las películas que no sean comerciales, a los discos que no estén en las listas de éxitos? Es decir, considerar la biblioteca pública como un rompeolas contra la uniformización de los productos culturales.

Vemos que estos fenómenos que indicas a partir de la entrevista a Erice no hacen más que reflejar cómo sobre ciertos espacios de la cultura (literaria, musical, cinematográfica) el imperativo dictado por la industria de la cultura

impone no sólo unos *tempos* aceleradísimos, donde la novedad domina sobre lo que podemos llamar la tradición, sino incluso también un elemento extrínseco que no siempre ha sido legítimo, que es el de rentabilizar la literatura, el cine, aplicándole un criterio que es el de la cuota, cinematográfica o televisiva, o incluso aquello que se podría llamar el resultado inmediato de una novedad literaria. Las mesas de las librerías son exactamente lo que tú dices, un mostrador de novedades. Aquello que en unos pocos meses no funciona es retirado. E incluso no pasan ya a los almacenes o bodegas sino a las trituradoras de papel. De hecho, hay que saber que las inversiones en el campo de la cultura han crecido de forma exponencial, en primer lugar porque se estima que es un sector rentable. Y en segundo lugar, trabaja sobre la hipótesis de un usuario, en este caso lector, cuyas curiosidades tienden a crecer y diversificadamente pueden elegir un producto u otro. En el caso español la industria editorial ha crecido, según dicen los propios editores, desorbitadamente. Y juegan a muchas bandas, lo que quiere decir que, posiblemente, de cada cinco títulos tres no sean buenos libros, pero entran en el mercado. Hay un criterio de competitividad que no pasa por el criterio de calidad. Un hecho, en este caso, que además se ve apoyado en el mismo número de *Ajoblanco* que plantea el debate sobre la crítica literaria. Aquí los semanarios de crítica cultural (libros, cuadros, arte) en última instancia son sólo promociones de las casas editoriales. No existe la crítica sino que simplemente a lo que se llega es a decir "esto es vendible, cómprelo". Yo creo que esto pertenece a la propia lógica interna de la industria cultural. Hay un elemento añadido. En el caso que citabas de Erice ha habido ciertos equívocos por una parte y por otra. He leído esa entrevista y me doy cuenta de que quizás lo que caracteriza a la inversión cultural es tiempos rápidos y tiempos acelerados. No se puede pasar dos o tres años con un proyecto porque se hace viejo y, sobre todo, se hace demasiado costoso.

Creo que en un momento donde la cultura está sometida a aceleraciones demasiado altas, la librería, respecto a la biblioteca, como tú la planteas, es cada vez menos competitiva para representar la memoria cultural, o incluso la memoria literaria, para limitarnos a un sólo campo. Libros de hace ocho años ya no pertenecen a los fondos de la librería. ¿Qué pasa con ese escamoteo, con esa forma de

neutralización de la memoria, qué pasa con ese olvido? Este es un tema que afecta a casi todos los comportamientos del usuario cultural contemporáneo, porque ha ido sustituyendo poco a poco sus lugares convencionales como lector. A fin de cuentas todos nos hemos educado con los mismos libros, todos tuvimos un Stevenson en la mano o algo parecido. Progresivamente esto ha sido sustituido por un material que ya no es tan clásico, sino que tiene que ver con una actualidad que sustituye esos objetos permanentemente, como se sustituyen los objetos en el supermercado. Hay cierta escritura que está hecha pensando en ese tipo de circunstancias. En el caso americano, los asesores de producción de un film Hollywood deciden cómo debe ser el final. Hay guiones que se terminan abiertos, con distintas posibilidades de final. Este final no lo decide ni el director, ni el guionista, ni el novelista, sino aquel que antes ha sugerido que la cuota de venta de ese producto es tal o cual. Creo que toda la industria de la cultura está hoy sometida a la presión de los intereses económicos.

"La biblioteca pública debe ser el lugar en el que todavía esté a la mano la gran historia del imaginario de una cultura."

Entonces, desde una perspectiva optimista, ¿la biblioteca pública podría ser el lugar de la diversidad, donde se puede encontrar más fondos bibliográficos, discos no necesariamente de las listas de éxitos?

Pienso que la biblioteca pública, o la biblioteca privada en otros aspectos, pero fundamentalmente la pública, debe ser el lugar en el que todavía esté a la mano la gran historia del imaginario de una cultura. Aquellas páginas que han contado, bajo la forma de historia, ensayo o poesía, esos momentos en los que cada hombre de cada época ha podido imaginar su mundo. La biblioteca, lo decía Borges de forma excepcional, es por excelencia el lugar más mágico de la tierra. Allí donde se conservan vivos todos los viejos momentos felices, las grandes invenciones, los grandes milagros, los viajes, las estrellas... Están ahí presentes, guardados, esperándote. Siempre reflexiono con mis alumnos el hecho de cómo un autor lejano,

sea Herodoto o Flaubert, un día pone a tu disposición quizás el resultado de veinte años de su vida de trabajo silencioso. No tendremos la oportunidad de decirle “bonjour Flaubert” o “gracias Herodoto”, nunca, pero de momento se ha producido en nuestra vida un estremecimiento. Tenemos la gran fortuna de descubrir un mundo a través de la ventana de aquel libro. Es como si un libro fuera una montaña a la que subes y sólo desde esa cima puedes descubrir horizontes nuevos.

Toda experiencia vital produce cierto estremecimiento, cierta emoción, pero la lectura de un libro te pone en las manos un mundo con todas sus particularidades, sus derivas, sus circunstancias, sus emociones y fracasos, sus esperanzas. En ese caso, yo pienso que la biblioteca tiene que ser siempre el lugar de cita con ese imaginario cultural. Yo visitaba mucho una de las bibliotecas que más me han gustado siempre, la biblioteca Warburg de Londres, fundada por el gran historiador de ese mismo nombre. En esa biblioteca no se practica el criterio de clasificación bibliográfica estándar. Es como si una varita mágica hubiera dicho a los libros: “todos al suelo y ahora reuniros de acuerdo a vuestras afinidades”. Entonces aparece una biblioteca fantástica donde es como si pasaras por los anaqueles y los libros te dijeren “eh, estoy aquí”. Si coges un libro vas a encontrar una serie de relaciones con los que están a su lado. Son como familias donde se junta la literatura con la ciencia o la filosofía. Si hay un texto de Locke puede ser que encuentres a su lado el de un amigo suyo que era fisiólogo y anatomista y que un día le dijo que viera las características del riñón. Y a lo mejor aquello le sirvió a Locke para hablar de sensaciones o del sistema táctil. Esa biblioteca, que ha sido una de mis bibliotecas en Londres, generaba unos mapas intelectuales maravillosos.

Creo que en un momento en el que la memoria, sobre todo para las generaciones más jóvenes, no es importante, donde todo es actualidad, la recuperación de la memoria se puede y se debe hacer fundamentalmente a través de la literatura. El templo de la literatura es la biblioteca. Basta que exista en un pueblo perdido, en un pueblo de la montaña, en un pueblo de La Mancha, o en un barrio de una ciudad un espacio que se llame biblioteca, para que puedan ocurrir todavía todos los milagros en la imaginación humana. Debe ser el lugar de cita, de conexión cultural, de experiencia cultural.

“Creo que en un momento en el que la memoria, sobre todo para las generaciones más jóvenes, no es importante, donde todo es actualidad, la recuperación de la memoria se puede y se debe hacer fundamentalmente a través de la literatura. El templo de la literatura es la biblioteca.”

Acabas de comentar que todos crecimos con un libro de Stevenson en la mano. Esto me da pie para pedirte una reflexión más allá del concepto de biblioteca que has desarrollado: el de biblioteca pública. Especialmente en una sociedad como la española en la que, dada su historia, la mayor parte de la población actual no ha cursado más allá de los estudios primarios ¿por qué una institución como la biblioteca pública, que tanto tendría que aportar en una sociedad de tales características, suscita tan pocos entusiasmos (sean presupuestarios, sea de debates en los medios de comunicación, etcétera)?

El contexto histórico es muy importante para entender, por ejemplo, no sólo la cuota normal de lectura sino también la ansiedad que lleva a ser lector. Es un problema educativo, pero es también un problema de tradición. Y en esto yo no sería negativo a la hora de valorar el caso español. Incluso en la España rural, en la más deprimida culturalmente, ha habido en algunos de sus momentos una disposición, una curiosidad. Siempre me ha emocionado una imagen que puede verse en el Museo Ramón Gaya de Murcia, en la que se ve a Ramón, en el período de la República, mostrando en el casino de Almendralejo las copias de cuadros de El Prado a tres generaciones de extremeños: abuelos, padres e hijos. Parece una foto de Eisenstein, donde los retratados miran transfigurados las pinturas. Ese período de la República efectivamente es el más importante del siglo. La suspensión de ese gran movimiento social, que situó entre sus objetivos el privilegio de la cultura, fue traumático. La reforma de la ley de instrucción, el desarrollo de las bibliotecas... fue un programa de grandísima amplitud y, además, muy pensado para la España rural, que en aquel momento prácticamente era irredenta.

En la biblioteca pública de Murcia veo que hay flujos enormes de gente que acude. Pero también tengo la experiencia de personas de la tercera edad que son cada vez más lectores, que

vuelven a leer. A lo mejor descubren que la vida interior es importante o que tener una voz dentro es fundamental, porque de lo contrario la soledad es demasiado dolorosa. Construir un puente entre la memoria y el yo, aunque sea personal y secreto, aunque sea sólo silencioso, da una dimensión al alma. La tercera edad no sólo es Insero ni son viajes. También puede ser lectura. La biblioteca pública debe crear una promoción en tal sentido, dar a conocer en qué consiste leer, incentivar pequeñas reuniones en las que alguien lee en voz alta y esa voz arrastra toda una historia y una fascinación. Otra cosa es pasar a escribir. Nuestra cultura ha sido fundamentalmente oral y auditiva. La diferencia que hay entre la cultura francesa y la española es que al francés, desde que tiene nueve años, se le exige hacer una composición, esto es, acercarse a un texto con tres o cuatro preguntas a formular al mismo texto. No eres el pasivo que recibe la impronta de la escritura del autor de turno, sino que eres tú el que con el texto estableces una comunicación. La comunicación tiene un tiempo y es la relación que existe entre el tiempo que se escribió y el tiempo en el que se lee. Por eso una gran parte del pensamiento francés ha girado en torno a la escritura.

En este momento creo que se han hecho grandes esfuerzos por derivar inversiones hacia espacios como museos, grandes bibliotecas... Pero la red de bibliotecas públicas debería de ser uno de los elementos prioritarios de la política cultural. Pero no podemos olvidar, en tal sentido, un problema: a veces políticamente se responde, no por iniciativa propia, sino a cómo se comporta la opinión pública, y respecto de las bibliotecas públicas la opinión pública en España ha sido casi inexistente. Los que trabajáis en el tema quizás os comportáis como la conciencia crítica de esta ausencia, pero normalmente no ha habido una opinión permanente. Incluso se respira un cierto jerarquismo en todo lo que tiene que ver con las formas de la educación. Llevamos cinco años en los que prácticamente no existe política universitaria, con unos ministerios que no tienen opinión sobre los hechos. Es conciencia generalizada que la ESO, la reforma, la Logse y demás, hoy tendrían un juicio negativo, pero mejor no tocarlo. Hay como una especie de absentismo de altos costos, porque si extrapolamos la situación a unos años próximos no se valora cuales serán sus resultados. Sobre todo la gente que trabaja en el sector sabe perfectamente cuáles son hoy los efectos negativos del modelo.

El de la biblioteca pública es un tema pendiente en el comportamiento cultural español.

"En este momento creo que se han hecho grandes esfuerzos por derivar inversiones hacia espacios como museos, grandes bibliotecas... Pero la red de bibliotecas públicas debería de ser uno de los elementos prioritarios de la política cultural."

Si antes te cuestionaba sobre la función de la biblioteca pública como rompeolas contra la uniformización de los productos culturales (libros, discos, películas), ahora, desde un ángulo más pesimista, te plantearía la biblioteca como lugar de socialización del libro, de los documentos en general. En un momento en el que parece que la vida no transcurre por los ámbitos de socialización sino de privatización, ¿crees que la sociedad va a tener capacidad de respuesta para defender logros sociales como el de las bibliotecas públicas, aunque en el caso español estos logros hayan sido muy limitados?

Por un lado pienso que sí, que hay que reconocer toda una tendencia hacia una privatización de lo público. Hay privatizaciones más rentables que otras y privatizar las bibliotecas no es una operación exactamente rentable. En algunos sitios lo podrá ser, en otros no. Dentro de unos días se realizará la conferencia internacional de comercio en Seattle, y una de las tesis, que es uno de los epicentros de los procesos de globalización, es la privatización de todos los servicios. Esto a lo mejor sirve para un tipo de sociedad que nunca ha sido proteccionista respecto a la salud, el trabajo, la vivienda, la cultura... En Europa esto va a costar. Durante las últimas décadas las inversiones públicas en el ámbito cultural han sido muy grandes y, en muchos casos, eficaces. Ahí están las transformaciones de las grandes bibliotecas (British Library, Bibliothèque Nationale de France, Biblioteca Nacional...). Ha cambiado el concepto de documentación, todo lo que tiene que ver con el mundo de la información se ha cientificado, los viejos sistemas de biblioteconomía han sido revisados exhaustivamente. Quizás en Europa gozamos todavía de un pequeño privilegio y es que nuestra relación con la cultura es más normal, no es un plus añadido.

Pero posiblemente se abre también un momento en el que determinadas inversiones están bajo

sospecha. En estos últimos años se ha preferido, por ejemplo, una política cultural muy articulada hacia el espectáculo, la imagen, en sí misma efímera y en cierto sentido publicística. Tengo relación y formo parte del comité científico de algunas fundaciones. Me doy cuenta que determinado tipo de inversiones ya no se van a hacer. Esto significa que habría que intervenir esos espacios civiles que existen hoy con capacidad financiera suficiente como para invertir en algo que sea más estable, llámese biblioteca de la fundación tal, si a fin de cuentas su uso es público. Otra cosa es que el Estado como tal o las comunidades autónomas, asuman un proyecto que sea la biblioteca. Hoy sí que está claro, y parece que la opinión es compartida por todos, que una mínima homologación científica con Europa pasa, entre otras cosas, por una fuerte actualización de las inversiones en educación y cultura y, por extensión, la biblioteca es la pieza clave en ese proceso. Yo creo que contra la privatización de ciertos servicios la biblioteca resistirá en cualquier caso. Habría que establecer un espacio para que ese tipo de instituciones civiles, que tienen por necesidad que repensar hoy sus programas, aterricen en un proyecto de tipo formativo y educacional que tenga que ver justamente con la biblioteca.

“Hoy sí que está claro, y parece que la opinión es compartida por todos, que una mínima homologación científica con Europa pasa, entre otras cosas, por una fuerte actualización de las inversiones en educación y cultura y, por extensión, la biblioteca es la pieza clave en ese proceso.”

Eres una persona con múltiples curiosidades, que manejas muchísima información y tienes múltiples colegas de otros países, constantemente publicas, asistes a congresos y, como has señalado, perteneces a los comités

de diversas fundaciones y publicaciones periódicas. Desde esa perspectiva, ¿cómo valoras el papel que en una sociedad como la actual pueden desempeñar las bibliotecarias y bibliotecarios de Medina de Pomar, Langreo, Alsasua, Hospitalet, Grazelema, Aranda de Duero... es decir, los bibliotecarios públicos?

Siempre he tenido una fascinación, enorme fascinación, por el bibliotecario. No me importa que sea la pequeña biblioteca municipal, la del grupo escolar o la gran biblioteca pública. No me importan ni los lugares, ni las condiciones, ni los recursos tecnológicos que dispongan. Pero me gusta hablar con una persona, decirle quiero leer tal cosa y que te responda diciendo “lea esto”. Aquel momento en el que alguien, sea la persona que sea, la de la biblioteca de Tomelloso o la de Ribadeo o la de un pueblo de Gomera, dice “léete esto”, ese puede ser el momento más mágico de tu vida. Yo creo que las bibliotecas son los lugares en los que, no sólo la transmisión cultural se hace día a día, sino también las grandes aproximaciones a lo que puede ser después la biografía de alguien, la de los descubrimientos vitales en una vida.

A mis clases suelo llevar media docena de libros que tienen que ver con algún tema que estamos trabajando o que, simplemente, estoy leyendo. Y cuando alguno de mis alumnos ha leído algo de lo que he sugerido, y sigue con otra cosa, entonces tengo la ilusión de que terminará siendo su bibliotecario imaginario. En cualquier caso, ejerzo de eso.

Tengo una gran admiración por los bibliotecarios, especialmente en un momento como el actual en el que, para las generaciones más jóvenes, los puentes con la memoria están prácticamente derruidos. Yo creo en ese lugar que es la biblioteca y en ese entusiasmo que debe de acompañar a un trabajo que quizás no tenga el aura de los grandes oficios, pero tiene la luz de los que pueden estar más cerca de los milagros. ☑

Ramón Salaberria

P
U
B
L
I
C
I
D
A
D